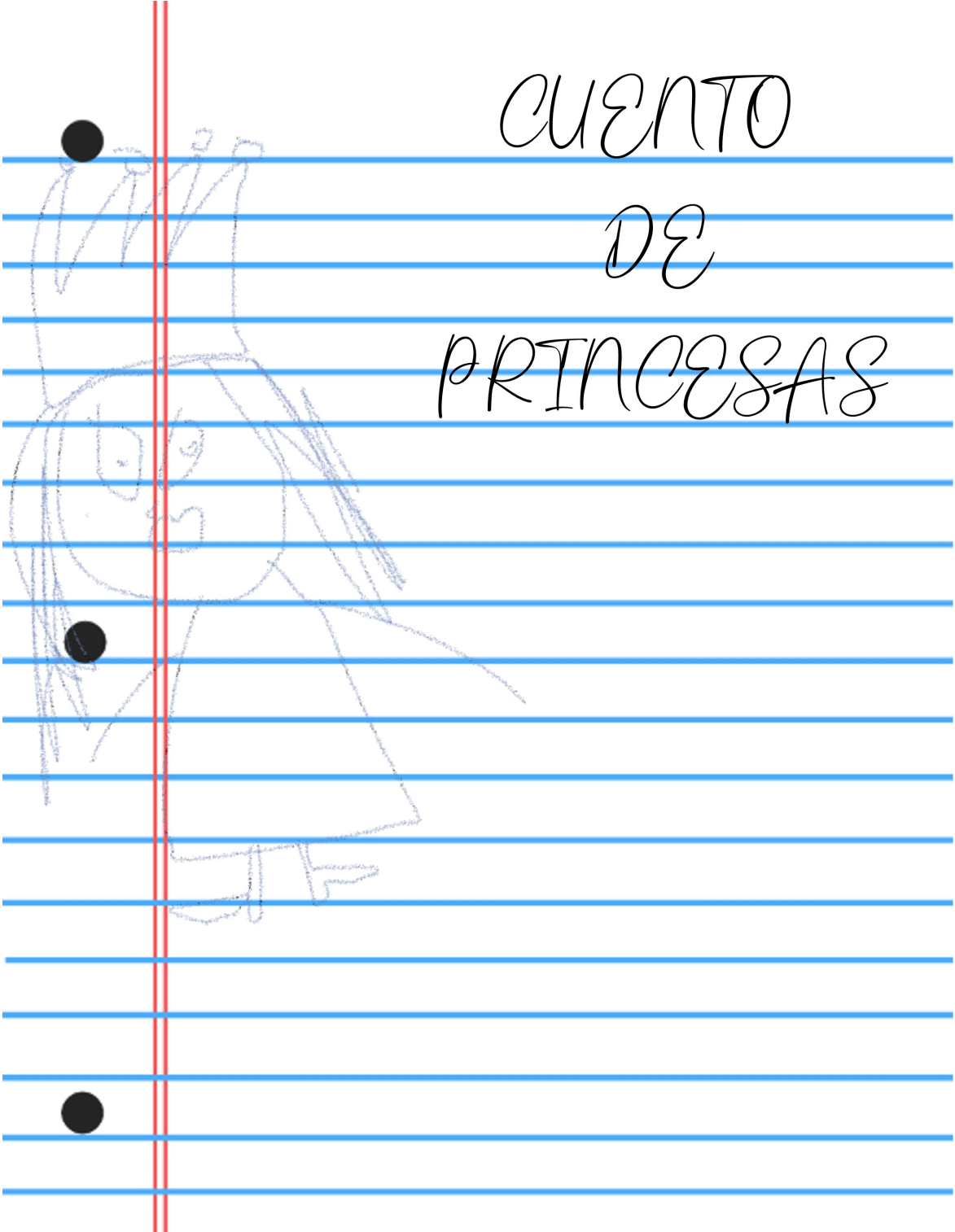


# CUENTO DE PRINCESAS

Adolfo Quiñones Lombraña

CUENTO  
DE  
PRINCESAS



# Capítulo 1

## CUENTO DE PRINCESAS

Soy una princesa. Como tal, y como bien educada princesa, cumplo mis funciones y mis tareas con estilo y sin queja. Ese es mi rol actual. Sin embargo, los acontecimientos han de sucederse. Nací princesa, eso es inequívoco, pero no deseo morir princesa. Como toda hija de reina, ansío algo más. Una corona. Decenas, tal vez cientos de vasallos. Un par de castillos no estarían mal. Y riquezas. Nada excesivo, pero sí suficiente. Está escrito, maldita sea, que el destino de una princesa cambiará cuando, a lomos de un hermoso corcel, arribe el príncipe deseado, con el cual tu vida se llenará de gozo y alegría independientemente de qué tipo de princesa seas. Porque, como todo buen lector de cuentos de princesas sabrá, no todas las princesas, por muy princesas que seamos, somos iguales.

Existen princesas exiliadas. De aquellas que pasan su juventud en mitad de algún sórdido bosque, acompañadas por enanos, jorobados y demás seres de escasa belleza física y corazones de oro. Entes que la cuidan, la miman y la protegen hasta que, superadas todas las adversidades, la princesa deja atrás la fealdad del bosque y de sus acompañantes, para reinar en el corazón y, obviamente, las tierras del príncipe que se haya dignado en rescatarla del oprobio en el que se encontraba.

También existen princesas con cierta querencia por los seres escamosos escupidores de fuego. Estas pasan épocas completas escondidas en cuevas oscuras y lóbregas, rodeadas de oro y joyas que no les pertenecen. Siempre a la espera de que las rescate de su miseria algún guerrero de poderosa armadura y afilada espada. Este grupo de princesas suele ligar su destino al de algún caballero de anchos hombros, esplendorosa figura y escasa fortuna. Claro que el rescate de una princesa y el tesoro de un dragón dan para cubrir de felicidad a la más noble de las damas.

Yo soy una princesa del tercer grupo. Una princesa de torre. Ser princesa de torre tiene una ventaja fundamental. El mercado de rescatadores es amplio y engloba todo el espectro que va desde los príncipes a los guerreros. Eso aumenta las posibilidades de un futuro feliz para quién esto escribe. Ser princesa de torre es una buena carrera. El problema es, habitualmente, con quién compartes dicha torre. De poder elegir habría escogido un enano jorobado, medio ciego de trabajar en la mina y con los pulmones negros por el carbón. O un dragón, de escamas relucientes y aliento ígneo. Cualquiera de los dos me valdrían. Sin embargo, la fortuna me ha emparejado con una mezcla de ambos. Mi ama de llaves, carcelera y enemiga. Mi monstruo particular parece el quimérico resultado de ayuntar al más horrendo de los enanos con el más cruel de los dragones.

O viceversa. Ni que decir tiene que su compañía constante no llena mis días de felicidad.

Así que, desde lo alto de mi torre, de mi celda, de mi presidio, oteo el horizonte en busca de esperanza. Con la mera compañía de mi ama de llaves, carcelera y enemiga, paso los días a la espera de un caballero que venga a rescatarme.

Algunas noches sueño con un hombre fornido y armado que descienda de lomos de su corcel, postre su rodilla en tierra y me salude descubriendo un hermoso rostro bajo su yelmo. El me sonreirá, yo sonreiré, y con un simple gesto echará abajo la puerta del castillo, ascenderá por la escalera de caracol, le cortará la cabeza a la vieja bruja que me mantiene encerrada e iluminará mi oscura vida, cogiéndome en brazos y llevándome a vivir una etapa nueva, llena de amor, lujo y aventuras.

Otras noches, en sueños, veo como a lomos de una hermosa yegua se aproxima un bello príncipe, con larga melena al viento, experto en coros y danzas locales. Con fortuna, y castillo propio. Con propiedades y vasallos más allá de la imaginación. Me canta una serenata que apenas oigo y rescata a esta hermosa princesa de esta triste columna de ladrillo y adobe. Juntos nos vamos a sus tierras donde soy feliz viendo como torturan a mi ama de llaves, día sí, día también, en la plaza mayor del pueblo.

Pero hoy no tengo que esperar a la noche. Hoy es mi gran día ¿Qué veo?, mejor dicho, ¿Qué es aquello que oigo?, ¿Son los cascos de un caballo? Sí, lo son. Mis ojos azules como el azul cielo apenas lo vislumbran, pero entre los árboles del bosque que rodea mi mal llamado hogar, percibo un fulgor plateado, un brillo de otra tierra. Un hombre, sin duda, vestido para el combate. Brillante armadura, poderoso galope ¿Será éste el día? ¿Se acabarán mis penas? Mi vieja ama de llaves rechina los dientes. La oigo desde aquí. Odia servirme, odia vigilarme, más cuando yo me vaya, ¿qué vas a hacer, vieja bruja? El corazón se me sale del pecho. Mi príncipe, sin duda creso, sin duda heredero del más opulento de los reinos, se acerca mientras su armadura y su pelo compiten por reflejar más brillantemente el sol.

Pero un momento, desde el este llega otro sonido ¿Otro galope? ¿Cómo es posible? Años de espera y hoy dos pretendientes, ¿puedo ser más afortunada? ¿A quién elegir? ¿Desde cuándo puede una princesa encerrada en una torre elegir? Creo que seré la primera ¿A quién escoger? ¿Al más guapo? ¿Al más fuerte? ¿Al más rico? Tanto tiempo y tantas dudas acumulándose. Me siento nerviosa, mi cuerpo tiembla de excitación imposible de contener. El caballero del este viste de negro. Su yegua resopla ante el peso de su poderoso dueño. Viene a mi rescate envuelto en acero y furia. El corazón se me sale del pecho, pero por un segundo acierto a pensar que solo los villanos visten de negro ¿Será un villano?

Entonces mi decisión debiera ser sencilla. Claro que, por alguna razón que una princesa como yo desconoce, los malvados suelen ser más afortunados en el amor que los bondadosos. Parece que tendré una tarde interesante. Ambos se aproximan, pero mi galán venido del norte y envuelto en plata es el primero en llegar.

Su caballo es blanco como la nieve de las altas montañas y la estampa del joven es formidable. Baja del corcel de un salto y con una clase innegable. Ahí está, el hombre de mis sueños. Rubio, hermosa melena, mentón duro y una sonrisa que rima con sus bellos ojos azules. Sin duda la mirada de nuestros hijos deslumbraría al propio sol. Hince su rodilla en tierra. Me sonrío y me pide permiso para tomar la torre. Educado y tierno, pero viril. Un príncipe de ensueño. No podría pedir nada más. Pero dudo.

Y ahí llega la razón de mi duda, mi caballero negro, el malvado hombre que acelera mi corazón. Su yegua parece atrapar la luz del día en su oscuro pelaje. La tierra tiembla a su paso. Se acerca mientras mi otro seguidor lo mira con ojos desafiantes. El caballero oscuro desciende de su montura con una fuerza inusitada y mi corazón aumenta su ritmo. Se descubre. Su rostro duro, hercúleo, tallado en mármol. Sus ojos negros, poderosos y fuertes. Su melena a juego con la crin azabache de su caballo. Un hombre con todas las letras. No se arrodilla. No hace falta. Ha venido a tomarme tanto si quiero como en el caso contrario. Me mira y me derrito. Miro a mi otro pretendiente y me enamoro ¿Qué hacer?

Ellos deciden por mí. Desenvainan sus espadas y comienzan a batirse en duelo singular. El caballero rubio es más rápido, más ágil, y su esgrima es bella y estética. La bestia de pelo negro es fuerte, poderosa, ruge como un animal. Sus tajos cortan el aire y destruyen todo lo que alcanzan. Ambos se igualan en poder, técnica y destreza. El combate es hermoso, puro y violento. Mi corazón se lanza y toma partido, ahora por uno, luego por otro. Uno retrocede, el otro avanza, se tienden trampas, fentan y engañan. La batalla es cruel, dura y despiadada pues el trofeo así lo merece. Se juntan rostro con rostro, con ojos fieros, respirando agitadamente y en un rápido gesto ambos caen, uno sobre el otro, y...

Y, ¿Qué demonios hacen? Pero ¿qué hacen?, ¿Están besándose? No me lo puedo creer. Pero ¿Qué mi puta vida pasa?

Esa mano no va ahí, mi príncipe dorado. Suéltale el trasero al padre de mis hijos malvado caballero negro, y vos, mí hermoso rubio, mostráis una gran destreza con la lengua, pero en el sitio equivocado. Mi boca está aquí, treinta metros más arriba, no malgastéis saliva.

Todo se torna extraño, equivocado, incorrecto. Pero no para ellos. Se levantan, se toman de la mano con la respiración aún agitada. Hasta sus corceles parecen tornarse en arrumacos y carantoñas. Se miran acaramelados, olvidando el verdadero trofeo de su batalla. Les grito, les

llamo desde lejos y mi voz parece perderse en el olvido. No me escuchan, no me hacen caso. Suben a sus caballos y se van juntos con la puesta de sol, sin mirar atrás, reflejándose cada uno en los ojos del otro, y aquí me quedo, sola, compuesta y sin novio, con la mera compañía de esa bruja cuyas carcajadas llegan desde las escaleras.

¡Ama de llaves! ¡Ama de llaves! La llamo obviando su nombre, ya que sé que le jode. Abre la puerta con gesto torcido. Maldita perra, baja y pon un letrero en la puerta. Necesito hombres de sexualidad probada. No quiero más princesas. Y ya de paso escribe que se exigirá certificado escolar ¡Vamos bruja! Cumple mi encargo. Estoy harta de príncipes de fantasía. Quiero uno de verdad. Un caballero de los que no quedan, de pelo en pecho, sucio y maloliente. Me da igual, pero que me tome de una vez ¡Dios! Que infierno de prisión, qué hartazgo, qué aburrimiento ¡Ama de llaves! Sube aquí mi ordenador, necesito comprarme algo bonito en Amazon, ya que no me dejas salir, vieja puta. Maldita sea, desde que esta cabrona me cortó el acceso a las webs de porno me aburro como una mona.

Puñeteros cuentos de princesas, que jodida mentira.